

espacio, y llevando las distancias entre los astros del cielo, y entre las últimas partículas de los cuerpos. Transmitiendo el éter el movimiento de unos átomos á otros, es claro, que se salva la dificultad que nace de la acción á distancia. Los átomos entonces están en contacto, no inmediato en verdad, sino mediante el éter. Pero el éter ¿es acaso un cuerpo de diferente naturaleza que los demás? ¿ó tiene también átomos? ¿Y qué otro éter sutilísimo imaginaremos para llenar aquellas distancias?

Los cuerpos son extensos, ocupan una porción del espacio, ó para valernos de ideas y expresiones escolásticas, tienen partes distintas, colocadas las unas fuera de las otras. Tampoco este hecho generalísimo lo puede explicar el atomismo. Descartes sostuvo que la extensión era toda la esencia de los cuerpos: que entre átomo y átomo había una distancia, una extensión, y los átomos resultaban en contacto inmediato, y los cuerpos serían continuos. Los atomistas de la escuela dinámica, sostienen que los átomos son inextensos, y que las distancias entre ellos, son la causa de que los cuerpos nos parezcan extensos: lo cual no explica, sino que simplemente niega la extensión. Los atomistas de la escuela mecánica, afirman que los átomos son de suyo extensos: lo cual no explica sino que supone la extensión. Nada nuevo se nos dice entonces; como nada se diría á quien preguntando por qué el trigo amontonado es amarillo, se le contestaría que es porque cada grano tiene ese color.

Lo mismo decimos de la impenetrabilidad. Los cuerpos se excluyen en el mismo lugar y al mismo tiempo, porque los átomos se excluyen. Es decir, la cualidad del todo se explica abtruyéndola á las partes; la del cuerpo, afirmándola de los corpúsculos. En todo esto no hace el atomismo más que retirar la dificultad en vez de deshacerla; y el mundo así explicado hace el efecto de un teatro, en que las decoraciones se cambian por otras que estuvieran detrás, y éstas por otras más anteriores, sin poner á esto más límite que la pequeñez de las últimas, y el cansancio producido por la repetición de los mismos resultados.

Algo peor pasa con la divisibilidad. La de los cuerpos se niega en atomismo, ó se reduce á lo más á puras apariencias; la de los átomos, se niega sin razón ninguna. Solamente se divide lo que es uno, y en el atomismo los cuerpos no son unos aunque lo parecen. Sus partes no sólo son distintas y separables, sino que están de hecho separadas; y

lo único que puede hacerse es aumetar la distancia que ya de antemano existe entre ellos. Es decir, los cuerpos son aparentemente unos, y aparentemente divisibles.

En cuanto á los átomos, así se llaman precisamente porque son divisibles. Pero si está demostrado por los procedimientos matemáticos, que un espacio cualquiera puede dividirse hasta el infinito, ¿por qué no lo ha de ser el átomo que ocupa el espacio? ¿Por qué no se puede afirmar del cuerpo físico lo que se afirma del cuerpo matemático? Si resiste á las fuerzas naturales ¿resistirá también á las del Criador? Esta cuestión es, señores, altamente trascendental, y toda ella se reduce á esta duda: ¿por qué el espacio es divisible hasta el infinito, y el cuerpo, ocupando el mismo espacio, no lo es? Kant elude la respuesta; Santo Tomás la da; el atomismo, ni se hace la pregunta, ni sabe responderla.

Y las substancias tan varias que pueblan el universo ¿en qué se distinguen las unas de las otras? ¿Por qué el oro no es plata? ¿Solamente por el color y el peso? ¿No son estos accidentes puros que no determinan una diferencia esencial? Si no hay en ellos más que átomos y fuerzas ¿tendremos que decir, que el oro es oro porque sus átomos son de ese metal? ¿Nada más tendría que decir la ciencia? Lo mismo podríamos preguntar de todos los cuerpos simples, ya que de ellos no se puede contestar en el análisis. O si decimos con una fracción de la escuela atómica que todos los átomos son iguales, homogéneos, y que sólo á sus diversas orientaciones se debe la variedad de substancias, ¿podremos creer que no hay entre substancias tan diversas, otra diferencia que la colocación de sus partes? ¿Qué el aire y el platino tienen los mismos átomos, y qué un simple cambio de postura en ellos puede convertir un cuerpo en el otro?

Mas esta hipótesis (que no debemos olvidar que no es otra cosa) no solamente choca al sentido común, sino que también á la razón contradice. Según ella, no hay en realidad más substancias que los átomos, y todos los cuerpos no son otra cosa que agregaciones de ellos, que átomos agrupados, amontonados por las fuerzas ciegas que se llaman cohesión y afinidad. El número de los átomos que contuviera un cuerpo cualquiera, debería ser superior con mucho á cuantos números conocemos. ¡A cuántas combinaciones no podríamos dar lugar! ¡Cuántas substancias nuevas aparecerían todos los días! Y sin embargo, las especies de los cuerpos no

aumentan ni disminuyen: se descubren acaso cuerpos desconocidos, pero á nadie le ocurre que sean nuevos. Entre los compuestos, podrá haber nuevos, si queremos apurar la dificultad; pero cuerpos simples nuevos ¿quién podrá afirmar que los haya?

Esta dificultad no ha de ser de poca importancia, pues que ha preocupado entre otros á los filósofos alemanes. Kant para resolverla ha admitido las fuerzas que llama plásticas; es decir, fuerzas que no pueden dar á cada porción de átomos más que una manera de ser. Cada cuerpo, considerado químicamente tendría su fuerza especial: el oro la suya, otra distinta la plata, y así todos los demás. Esta concepción del filósofo de la razón pura, á la vez que revela su genio, es un gran paso hacia la verdad. Yo no sé si Kant aceptaría todas las consecuencias de ella; pero, en efecto, el límite de producción en la naturaleza, no pudiendo ponerse en la materia, ha de colocarse en las fuerzas que la rijen. Si cada especie corpórea tiene su fuerza propia, si esta fuerza ha de formar siempre determinado cuerpo obrando sobre la materia común, esta materia considerada en sí no será ningún cuerpo, sino algo que no tiene especie, precisamente porque está dispuesta á ser todas. Si esto es así, si esta fuerza da á cada cuerpo su especie, ha de formar no sólo el cuerpo, sino también los átomos, para darles á ellos la especie del cuerpo. Si da esta fuerza á cada cuerpo su modo de ser, le da también el sér, una vez que no podría existir ese cuerpo si no se le determinaba el modo, y que un sér indeterminado no puede existir. Si le da el sér, le da todas las actividades así físicas como químicas. Si le da todo esto, Kant diría la verdad, pero Kant sería entonces escolástico, porque esa es la doctrina de Santo Tomás. Esa fuerza es la forma substancial; y esa materia, la materia prima de Sócrates, de Aristóteles, de San Agustín, de Alberto el Grande, de Rogerio Bacon, de los filósofos más grandes, y de los teólogos más profundos. Esa doctrina la enseñaba Aristóteles á Alejandro el Grande á las orillas del Strimón; esa doctrina era la primera que encontraba Agustín recién convertido, en sus comunicaciones con Dios; Alberto el Grande la enseñaba después á Tomás, más grande que él; y con ella Rogerio Bacon se adelantaba siglos á los descubrimientos de hoy, y era tan hábil en la ciencia experimental, que pasaba por hechicero entre el vulgo de su tiempo.

Razón y mucha se tiene para afirmar que la doctrina del

atomismo no es metafísica sino puramente física; pero en eso cabalmente está su principal defecto. Ninguna ciencia, dicen los lógicos, define su objeto: es decir, aunque cuenta con la definición ya hecha, y de ella debe partir; pero es preciso que la tome de otra ciencia superior. La definición de un objeto es toda la ciencia que trata de él, y en ella se halla encerrada, de manera que esa definición no puede salir de esa ciencia misma, sino de otra que tenga un objeto más basto en donde esté comprendido aquél. Todo esto es, señores, fácil de concebir, y por eso afirmamos con toda seguridad que la definición de cuerpo encierra toda la Física, y que, lejos de estar ella encerrada en esa ciencia, la abraza toda y la comprende. Luego dar la definición de cuerpo corresponde á la Metafísica, y usar de ella como de una fuente ó principio, á la Física, á la ciencia de los cuerpos. Por eso Aristóteles define al cuerpo en la Metafísica; Kant, al explicar la naturaleza de ellos, es metafísico; Hegel es metafísico, Hunter es metafísico; todos los filósofos tratan metafísicamente de los cuerpos cuando explican su naturaleza, esto es, cuando les definen.

Ni podía ser de otra manera, cuando los elementos de los cuerpos no son cuerpos. Los elementos de un cuerpo determinado, de éste ó del otro, podrían ser otros cuerpos; pero del cuerpo en general ¿cómo han de ser cuerpos? Si buscamos los elementos del agua, buscamos dos cosas al menos, que separadas no sean agua; que juntas, lo sean. Si buscamos los elementos del cuerpo, buscamos dos cosas que separadas, no sean cuerpo; que juntas, lo sean. ¿No sería una redundancia y un desatino decir que el agua se compone de agua? Pues lo mismo es decir que el cuerpo en general se compone de cuerpos, pues los elementos de una cosa deben ser distintos de ella. Luego de esos elementos no puede tratar la Física, sino otra ciencia que trate de lo que no es cuerpo, es decir, la Metafísica. De donde se infiere que la hipótesis de los átomos, podrá ser tan ingeniosa como se quiera: estará al alcance de mayor número de talentos; será amena y hasta graciosa; pero no explicará á la inteligencia la esencia de los cuerpos, ni podrá dar de ellos una definición que en Filosofía merezca tal nombre.

Si estos ratiocinios han producido en vosotros una convicción, ó al menos una duda, yo no aspiraba, señores, á más: y me sentiré satisfecho si he logrado abrir en alguna inteligencia, no diré surcos luminosos, sino abismos de obscuridad.

para que se colmen y se iluminen después. Si vosotros decis que esto es destruir y no edificar, y me preguntáis cuál es la doctrina que debe substituir á esta que acabo de combatir, yo os diré sin vacilar que la doctrina de Santo Tomás. Pero ¿cuál es? ¿en qué consiste? ¿cuáles son sus fundamentos? ¿cómo explica los grandes fenómenos de la naturaleza? ¿cómo zanja las dificultades que toda doctrina sobre los cuerpos ha de encontrar sin duda? No es esta ocasión de contestar á tantas y tan graves preguntas: y si he de decir la verdad, no me siento capaz de aventurar la respuesta. Pero nosotros vamos, con la ayuda de Dios, á continuar estos estudios, no solamente por nosotros, sino en la esperanza de que esas verdades nuevas por antiguas descendan poco á poco á esa juventud que ha de regenerar al mundo con ellas, como lo presiente y pronostica el gran León XIII: y yo os cito desde ahora, señores, para otra vez en que, esperando un éxito tan lisonero como el presente, pongamos á prueba vuestra benevolencia hacia nosotros.

Las cuestiones que tratamos son difíciles y peligrosas. Inocentes á primera vista, y puramente especulativas, comprometen acaso en sus resoluciones los grandes principios del Estado, y hasta los dogmas sagrados de la Religión. Por eso los antiguos no las estudiaban sino bajo la tutela de un maestro que fortaleciese la certidumbre con la veneración que inspiraba, y no dejase sola el alma con el peso de tan grandes cosas. Aristóteles las aprendió de Platón, Platón las escuchó á Sócrates; y así esas grandes concepciones al nacer en sus almas, tímidas y vacilantes, se hallaban abrigadas con un calor paternal, y como en el seno de una madre. Nuestro gran maestro es Santo Tomás. El Pontífice le llamó para que salvase y dirigiese á las generaciones en la navegación hoy no tranquila, sino tormentosa de las ciencias, y él vino, porque no es desconocido en el cielo, ni empaña en nada la gloria de los escogidos, la obediencia de la caridad. El es, pues, nuestro maestro: y somos más dichosos que aquellos antiguos, porque los sabios no más, se apagan al morir como antorchas, y los Doctores santos se convierten en astros que brillan perpétuamente: viven, y no sólo se consultan sus libros, sino que podemos hablarles y pedirles sus inspiraciones. El aprendió sin fraude, y enseña sin envidia. Para no engañarse, cuenta con una fe como la de Abraham, y con la inteligencia como la de un ángel; y para que se tuviera confianza en él, le dió Dios una senci-

lez que venciera al candor de los niños, y quitáse de su boca todo engaño. A él nos empeñamos en seguir, á él veneramos, á él amamos. Siguiéndole, nos extraviarnos por nuestra flaqueza, y oyéndole, no le entendemos; pero nuestros deseos é intenciones nadie podrá culparlas, y siempre serán buenas; que esta ventaja lleva á la inteligencia el amor: que aquella se equivoca á las veces, y el amor nunca se engaña.

He dicho.

AGUSTIN ABARCA.

(8) El abate de Broglie en su famosa obra contra el positivismo, trata este punto de modo admirable.

Cree que en substancia la teoría de materia y forma de Aristóteles, se acuerda con los adelantos de la ciencia moderna, y después de demostrarlo perfectamente (sentimos no poder dar cabida á su demostración) concluye con estas palabras: "La idea primera de Aristóteles, cierta en sí misma, pero no completa, como todas las ideas del buen sentido, habría adquirido, pues, á causa de los progresos de la ciencia, un perfeccionamiento. A la idea de simple división en dos elementos, sucederá composición gerárquica de la materia, en átomos y fuerza viva primero, y después, en otra división de los mismos átomos en materia primera y forma primera." ("Le Positivisme et la Science Experimental, vol. 2, pág. 588). Como se ve la doctrina de Aristóteles quedó en pie enteramente, porque ella solo enseña "la esencia de los cuerpos," y no su evolución y desarrollo, y asombra cómo pudo aquel genio penetrar tan profundamente la naturaleza cóporea.

(9) Hemos expuesto cuanto decimos acerca de Santo Tomás, sin seguir texto determinado, limitándonos á expresar las doctrinas como las entendemos y como creemos puedan entenderlas los que sólo tengan elementos de filosofía; pero si quieren nuestros lectores conocer exposición mejor, por lo más completa y profunda, sin recurrir á autores de más difícil estudio, como Zigliara, Kleutgen, Mancini, etc., pueden leer los capítulos que dedicó Hettinger al Angel de las Escuelas en su libro "Timoteo, cartas á un joven teólogo:" edición castellana de Herder, Friburgo, 1901.

(10) Así llama Santo Tomás al "entendimiento agente." Zigliara, "Philosophia."

(11) "Summa Theologica, prima pars, q. II, art. II.

(12) Id. Id.

(13) Id. Id.

(14) Para no remitir al lector á las obras del Santo, que difícilmente consultaría, le recomendamos la refutación que hace Hettinger del panteísmo, según el Angélico Doctor. ("Timoteo," págs. 202 á 208).

De esas admirables doctrinas entresacamos la nuestra, poniéndola al alcance de todos.



XIV

LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

(1) "Chateaubriand fué vivamente atacado por el abate Morellet; el libro del Papa desconcertó de pronto á los teólogos con sus nuevos puntos de vista; el "Ensayo" de Donoso Cortés hubiera caído quizá á los golpes del Abate Gaduel, si el gran español no hubiera sometido su obra al juicio del Papa; Augusto Nicolás corrió peligro de figurar en el "Índice." (Bainvel S. J., "Un Siécle," pág. 831). Sigue el sabio jesuíta demostrando lo difícil que es para un lego tratar cuestiones teológicas, porque la verdad está generalmente entre dos errores, y los teólogos improvisados, ya son Baius ó Pelagios, alternativamente. Sin embargo, no condena el laicismo; sólo marca sus peligros, pues puede prestar—dice—grandes servicios á la verdad. ("Un Siécle," pág. 831).

(2) El Dante sin duda fué un apóstol seglar, y ninguno más grande que él; pero en aquellos tiempos poco podían servir los legos á la Iglesia con la pluma, porque la instrucción estaba poco difundida fuera del clero.

(3) Ollé Laprunne. "Vitalité Chetiéne," pág. 12.

(4) Véase la "nota" (10) del capítulo "Precedentes de la declaración."

(5) No insertamos la parte del artículo del sabio Jesuíta Bainvel, consagrada á los laicos, porque es muy extensa, pero daremos á conocer en substancia algunas de sus ideas: "conocen mejor que el sacerdote, no la verdad, sino el público, y mientras el teólogo de profesión se familiariza con la doctrina, el seglar siente más su belleza y puede mostrarla